

NUESTRA VECINA «VISION DE JADE»

NUESTRA vecina "Visión de Jade" (¿cuál de sus hermanas madrileñas lleva apellido más poético?) me recibe con un vestido verde pálido, enteramente bordado a mano, representando un estanque con hojas y flores de loto y peces chinos de ojos gordos. Así aparece, realmente, como una visión, en medio de cortinas de brocado amarillo, procedentes del Palacio Imperial de Pekín, pinturas chinas antiguas, alfombras, porcelanas y "bibelots". El lector habrá adivinado: la madrileña honoraria, viuda de un caballero granadino, es china. En su país se llama Hwang Masé, y "en cristiano", Marcela de Juan, que es la transcripción fonética más cercana.

Si no digo que me quedé asombrado ante ella, su finura, su delicadeza, su inteligencia, su formidable talento para idiomas, es porque hace varios años que, al tomar contacto con ella, se efectuó en mí ese fenómeno psíquico. Por un periódico húngaro, que había reproducido una información de otro inglés, me enteré de que en el lejano Pekín vivían dos hermanas "prodigio": Nadine, que era coronel honorario de Aviación en el Ejército del Norte, y Marcela, que, a la edad de veintidós años, era directora de un Banco enteramente femenino; el "Chinese Womens Saving Bank". Escribí sobre su caso fantástico en A B C, les envié el recorte a Pekín, sin conocer su dirección exacta, pero la carta llegó a sus manos, y unos meses después recibí al par una carta de Nadine, con una "foto" dedicada, y la visita personal de Marcela. Desde entonces vive entre nosotros; se ha convertido en nuestra vecina, aunque con frecuentes escapadas hacia otros cielos; da conferencias en países extraños, en cualquier idioma que se las pidan, conferencias bien retribuidas y de gran éxito de público. "Visión de Jade" es espiritual, ingeniosa, amena, chispeante y muy culta.

—Usted, Marcela, ha aprendido a la perfección las principales lenguas europeas. ¿Cree que nosotros podríamos hacer otro tanto con la china?

—Sí y no. La gramática es muy sencilla, pero para el extranjero se presenta la dificultad de las cuatro entonaciones. Según el acento y el canto que les acompaña, las palabras cambian enteramente de sentido. Si usted tiene buen oído, aprenderá fácilmente el chino; en el caso contrario, se expone a decir tonterías. Así, por ejemplo, yo me llamo "Masé", que se pronuncia con "a" larga, una "u" imperceptible después de la s, luego una "e" alargada que sube. Pronunciada de este modo, la palabra quiere decir "Visión de Jade". Pero si lo hace de otro modo, con una "e" breve que baja, significa... exposición de caballos. Podría darle miles de

ejemplos convincentes y curiosos. Figúrese el efecto que habría de producirme si un admirador extranjero, desprovisto de un oído que capte los matices, me llamara, en vez de "querida "Visión de Jade", "querida... exposición de caballos".

Nos reímos los dos. Y en esa breve pausa, miro sus bellas manos, tan especialmente chinas. Se nota en su delicadeza la raza: Marcela descende de una dinastía que reinaba en la Edad Media; su bisabuelo era "tu-chung", o sea, virrey de la importante provincia oriental y marítima de Chekiang, dueño de unos veinte millones de súbditos. Cuando "Visión de Jade" sólo contaba tres años, el príncipe Sheng pidió su mano para su hijo, pero su padre, que, como diplomático, había vivido ya largos años en el Oeste, no quiso comprometerla tan chica. El señor Hwang fué de los primeros chinos convertidos al catolicismo, con no poca influencia de sus visitas al Pilar de Zaragoza.

—Bueno—prosigue nuestra interlocutora—, en el fondo no es difícil aprender el chino del uso cotidiano. Pero el idioma literario es poco menos que inasequible al extranjero; la poesía china está llena de sutilezas, de matices inefables, de imágenes y metáforas, de alusiones, sugerencias, de imponderables en suma, que sólo comprenden los

espíritus cultos y refinados de nuestro propio país. Y de la escritura, ni hablar. Un niño occidental sabe leer y escribir en cuanto haya aprendido la figura de unas treinta letras. El dibujo de "mamá" poco se diferencia del de "ama". Pero en chino cada palabra es un dibujo diferente, o la combinación ingeniosa, y a veces arbitraria, de dos ideogramas. Los niños chinos pierden la mitad de su vida aprendiendo tantos signos, y aunque sean muy inteligentes, llegan a la edad de catorce años sin saber todavía leer y escribir por completo.

—¿Y no podrían servirse ustedes de los caracteres de nuestra escritura?



Hwang Masé es su nombre chino.

—No, porque, como le digo, las mismas palabras tienen diferentes significados. Si escribiesemos "wang", ¿cómo sabríamos su sentido? ¿Cómo adivinaríamos de qué entonación es: de la primera, de la segunda, la tercera o la cuarta? Podría significar "emperador", y otras tres o cuatro cosas distintas. Es inevitable que cada significación de la misma palabra esté escrita con un dibujo o ideograma diferente. Si adoptásemos el alfabeto europeo, nos haríamos un lío, como se dice vulgarmente, además de no poder leer a nuestros clásicos. ¿Le basta para hoy?

—Sí; las páginas de A B C no admiten mucho texto...

ANDRÉS REVESZ



Con mantilla, la señora Marcela de Juan, china y madrileña honoraria.